

Asociación Cultural Almósita de Dúrcal

Antonio Serrano | maestro y pintor

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3917>

RESUMEN

Conscientes de que el patrimonio inmaterial y natural del valle de Lecrín no se puede perder, la Asociación Cultural Almósita, desde 2008, trabaja en pro de la recuperación y protección de los valores históricos, naturales y etnológicos de la comarca, y participa activamente en todas las actividades que, en ese sentido, se desarrollan en el municipio de Dúrcal.

Uno de los proyectos más populares de la asociación es, sin duda, y atendiendo al número de personas que lo disfrutan, la ruta verde, un recorrido por parajes preñados de belleza e historia cuyo hilo conductor es el agua.

Desde el año 2010, la asociación, con el objetivo de promover y premiar trayectorias ejemplares recuperación de valores andaluces, entrega los Premios Almósita con los que honra a dos personalidades, una local y otra regional.

Palabras clave

Asociación Cultural Almósita | Dúrcal | Granada (Provincia) | Patrimonio inmaterial | Senderismo |



Taller de esparto | foto Juan de Dios González, de todas las del artículo si no se indica lo contrario

Conscientes de que la mayor riqueza de nuestro pueblo es su entorno natural y su enclave privilegiado, que han proporcionado siempre a sus gentes contacto con cuantos pueblos y culturas habitaron el sur de la península, así como con toda la variedad de elementos orográficos, especies vegetales, minerales y animales que puedan aflorar desde un clima subtropical a uno alpino en el menor espacio geográfico posible; conscientes de que tan excelentes circunstancias forjaron en nuestras gentes un carácter adaptador, esforzado, emprendedor, abierto, comunicativo, acogedor, tolerante y sensible a la belleza, la cultura y las ciencias; nace esta asociación para descubrir, fomentar, conservar y encauzar las inquietudes y el bagaje humano y patrimonial.

La Asociación Almósita, en pro del patrimonio cultural, histórico, natural y etnológico, se encuentra siempre presente en todas las actividades que se realizan en nuestro municipio. Ya sea colaborando con el Ayuntamiento y con otras asociaciones, proponiendo actividades propias o sencillamente reactivando tradiciones de antaño, como la de sentarse “al fresquito” en verano, veladas improvisadas en las que los vecinos, sentados en las puertas de las casas, amenizaban el rato con lo que cada cual sabía hacer. Sin embargo, el acto con más renombre organizado por la asociación es el que cada año celebra, próximo al Día de Andalucía, denominado Premios Almósita con el que honra a dos personalidades, una local y otra regional, que hayan destacado por sus valores en pro del pueblo o de Andalucía.

Comprometida con la recuperación del patrimonio local, la Asociación Almósita, con el apoyo municipal y de un grupo numeroso de voluntarios, ha construido una choza siguiendo el modelo de vivienda rural que servía de refugio en la sierra a campesinos, caballerías y pastores cuando en época estival, principalmente, pasaban temporadas en las labores de la tierra y en el cuidado del ganado. Se edificaba con los aportes del entorno: pared de piedras y barro; vigas maestras de castaño o pino y vigas menores de troncos de chaparro o de roble; y una cubierta exterior vegetal con taramas de “hinestras” (hiniestas), gayombas o tallos de centeno, cereal panificable que soporta bien las heladas, cuya paja se usaba también en asiento de sillas y relleno de aparejos de mulos. Solía constar de una nave única que incluía rincón para el fuego, una “chilla”, entabacado de ramas parecido al troje, que se llenaba de paja para las bestias, se cubría con “rellenas”, y servía de pajar y cama. La aportación vecinal de enseres agrarios tradicionales ha propiciado convertirla en un original museo etnológico.

Junto a la choza se ha montado un taller de recuperación y tratamiento del esparto, fibra natural abundante por la zona y que ocupaba a mucha población durante todo el año, y a los campesinos en temporadas exentas de tareas. En el taller se puede aprender a tejer útiles para las labores agrícolas, y observar el funcionamiento de la máquina de majado, o una exhibi-



Dúrcal | foto Fondo Gráfico IAPH (Juan Carlos Cazalla Montijano)

ción de hábiles hiladores dándole a la rueda, hilando tomiza y doblando el “maeón” (madejón).

En esta misma línea se exponen en la biblioteca municipal, ya catalogados, diversos objetos prehistóricos, romanos o árabes, como hachas de piedra pulimentada, o una serie de monedas romanas, que los vecinos han ido encontrado durante el desarrollo de sus tareas agrícolas.

Pero el proyecto más popular de la asociación es, sin duda, y atendiendo al número de personas que lo disfrutan, la ruta verde: un recorrido por parajes preñados de belleza e historia cuyo hilo conductor es el agua, determinante en la historia, usos, costumbres, bienestar y cultura de nuestro pueblo. Empieza el recorrido en la salida del antiguo barrio morisco de Almósita a la vía de servicio. Cruzándola por el túnel que se abre frente a la parada del autobús, seguimos recto una pendiente corta y a la izquierda encontramos la acequia de “Maina” (Márgena), generosa en agua fresca. Su caudal constante, serrano y puro como el río que la alimenta, ha mantenido siempre viva la vega, a los paisanos que la bebieron ramificada en equitativas fuentes, a los recoletos huertos que a escondidas la sorbían hasta quedar ebrios; o a nuestros bancales y hazas cuando, aflorando con sofocantes bocanadas por pantagruélicas puntanas, volvía a la luz, tras atravesar el pueblo embutida en claustrofóbicos cauces subterráneos, anegando los patatales de azogue.

Siguiendo por el carril que bordea la acequia se nos abren los campos de cultivos: por encima, las laderas que descienden del pie de la montaña nos ofrecen arboledas de riego eventual como olivos y almendros; por debajo

de la acequia, en las tierras de riego permanente, sobre terrazas más llanas, crece un vergel de frutales y hortalizas. Y caminando entre sombras de cerezos, higueras y nogales se llega a un interesante cruce que ofrece varios posibles recorridos: uno hacia la torre árabe de las ruinas del fuerte de Márgena, donde se alojaba con cincuenta caballos el capitán Gonzalo de Alcántara la histórica madrugada del 1 de enero de 1569, cuando acudió en ayuda de los vecinos de Dúrcal, haciendo huir al capitán Xaba hacia Poqueira; otro hacia la empinada cuesta de la Fidea, donde las refrescantes pozas del río invitan a la zambullida; y alguno más, corto, e igual de interesante, que nos llevará por matorrales de romero, tomillo, azucema (espliego) y otras plantas tan apreciadas en nuestra gastronomía tradicional como son el hinojo y las collejas, hasta contemplar una panorámica completa de Dúrcal, perfectamente definida de sur a oeste por las sierras de Lújar, Las Guájaras y las Albuñuelas con su majestuosa Giralda, y cerrando el marco las de Alhama, Tejada y el imponente cerro del Lucero.

Entramos en el camino de la Sierra. El Monte Zahor emerge herido con el casco cóncavo y agrietado de su cima, el Caballo (3015 m) y, antes de hundirse en los glaciares del Romeral, enseña férrea y gris, como una herradura enorme, la falla Padul-Dúrcal-Nigüelas, declarada monumento natural. Bajo ella las vaguadas que albergaron cementerios de animales exhumados que alimentaban colonias numerosas de grajos, fieles colaboradores con el ecosistema. Sobre ella, como en el negativo de una boca destacan dos mellas blancas: las canteras. La dolomía, más blanca y fina, tradicionalmente fue usada por los lugareños para limpiar y aun bruñir útiles de metal caseros como cubiertos, calderas y peroles. La dolomita, más gruesa y gris, se ha extraído vorazmente durante el auge de la construcción y el asfaltado de la autovía Bailén-Motril. Hoy, paralizada, experimenta un proceso de regeneración ambiental aún poco visible.

Seguimos, y la variedad de paisajes nos lleva a topamos con un desierto arenoso excavado entre paredes erosionadas invadidas de torrenteras. La Rambla, enorme lengua blanca de graba y zahorra, arranca en Peñagallo y remonta hasta el collado de los Volaos. Subirla por la arena será dar dos pasos para adelante y uno para atrás. Sólo hay atisbos de sombra en las crestas, donde tenaces se agarran a los bordes los pinos que desde la repoblación forestal de los cincuenta sobreviven agrupados en pequeñas colonias sobre las abruptas tierras del monte Zahor o del cerro de la Chaja. Tras tres eternos cuartos de hora de camino alcanzamos el cortijo del Obispo. La sucesión de animales, de presiones en las pisadas del terreno, de plantas, de brisas, es tal, que los labradores serranos, forzados a madrugar para evitar los calores de la Rambla y llegar a los labrantíos con tiempo para trabajarlos, sabían, aun dormidos sobre los mulos, el lugar donde se hallaban, por la diferencia de trinos, trotes, olores, y temperaturas que percibían en cada altura. Esta eclosión de sensaciones tan diversas colmaría la curiosidad de



Voluntarios iniciando la construcción de la choza

cualquier geólogo, botánico, biólogo o vitalista que sencillamente ascendiera a la sierra para disfrutarla. Baste decir que este ecosistema de alta montaña mediterránea alberga más de 1700 plantas diferentes con 64 endemismos y 176 géneros exclusivos de la península ibérica. Su fauna encierra 150 especies endémicas de insectos de los cuales 90 son acuáticos.

Proseguir hasta el Caballo, pico límite de la sierra de Dúrcal con la de Nigüelas y Lanjarón, llevaría al menos tres jornadas entre ida y vuelta así que volvemos a la acequia de Márgena. Ahora discurre a la derecha y el camino de tierra arcillosa y pálida transcurre con los charcos abiertos y sedientos atentos a las gotas que aspergen las ranas asustadas. Desciende el monte pintándolo amarillo gayombas y aulagas, nevándolo pétalos de “juagarzos” bocas de león o botoncitos algodónados de sauces y vistiéndolo, que ni Salomón en todo su esplendor, de amatistas y púrpura los lirios y violetas silvestres, los romeros y tomillos, las “campanicas” (carrigüelas), “cruías” (digitalinas), planta ésta con la que los campesinos aliviaban los dolores de muelas enjuagándose la boca, sin tragar la infusión por ser altamente venenosa, hasta que se caía desmoronada en pedazos. Este popular camino de las Peñas, atesora en sus dos kilómetros de recorrido una paz y una belleza singulares.

A mitad del camino, tras pasar un recodo, el mirador nos muestra el Puente Lata, que así llaman los durqueños al de hierro, delgado y frágil como el fósil de un saltamontes (“cigarrón”). A la derecha la rambla de la Explanada se angosta en extremo y se junta con el río. Remontándola unos treinta metros veremos la fábrica de la luz que, junto con el puente, la estación de tranvías, el teleférico a Motril (39 km) y la conducción de las potables son las obras



El que fuera defensor del pueblo andaluz, José Chamizo, recibiendo los Premios Almósita



Senderistas por la ruta verde

más importantes de los años veinte. En las cuevas de estos barrancos se asentaron ya cazadores neolíticos. Buscamos la bajada por escalones sujetos con troncos y lo cruzamos sobre los peñones salientes del lecho. Una presa de piedras y céspedes (poza de Pipa) hace las delicias de los bañistas; bajamos unos quince metros para remontar a la derecha el barranco los Lobos, cuyo nombre nos sugiere que también las alimañas entendían de estrategias, y damos pronto con un carril empinado a la izquierda que nos conducirá hasta salvar el otro lado del barranco. Cruzamos la carretera y nos dirigimos a la cuesta de la Venta del Álamo para bajar por el camino Real de las Alpujarras. Llegamos a la carretera que construyó Isabel II hacia la costa apareciendo, a la izquierda, el magnífico puente de siete ojos que edificó de piedra y ladrillo macizo sobre nuestro río. La cruzamos justo bajo el puente de Hormigón levantado en la década de los setenta para retomar el tramo de camino Real que pasa por la cuesta la Valdesa, contemplando sobre nuestras cabezas la descomunal estructura descarnada como un esqueleto jurásico que los talleres belgas Eiffel fabricaron para que el tren salvara el barranco de Gor y que por resultar endeble compró Tranvías de Granada para salvar el de Dúrcal. Cruzamos el río por el puente Romano y descubrimos los molinos harineros que movidos por el agua jalonaban la ribera. Subimos hasta las fuentes, lavadero público que contaba con prados para el tendido y anchas albercas para la cocción del esparto y piedras para el majado. En sus inmediaciones trabajaron muchos hiladores. Cerca se ha descubierto recientemente una villa romana alfarera. Acaba la ruta pero el camino puede continuar, del mismo modo que la Asociación Almósita con nuevos proyectos, como el de un museo de interpretación del agua habilitando los antiguos depósitos de las potables.

BIBLIOGRAFÍA

- **MÁRMOL CARVAJAL, L. DE** (1991) *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada (1524-1600)* sl: Arguval, D.L. 1991
- **FERRER, M.** (2008) *Sierra Nevada*. Granada: [Ediciones Anel] Corporación de Medios de Andalucía (Reedición Ideal), 2008
- **MARTÍN GIJÓN, F. M.; MARTÍN PADIAL, F. M.** (coord.) (2008) *El valle de Lecrín, al Sur de Granada*. sl: Mancomunidad de Municipios del Valle de Lecrín, 2008